

MATERIA **INAD** **VERTIDA**

SOLEDAD GASMAN

2013-2017

QUEBRADA ESCOBARES

© Soledad Gasman 2017

Materia Inadvertida

Registro de Propiedad Intelectual N° 277.465

ISBN 978-956-368-724-8

Derechos reservados

AGRADECIMIENTOS

Agradecemos a todos quienes participaron haciendo posible esta iniciativa.

Vecinos de Quebrada Escobares

A los miembros de la Familia Cataldo, Pedro, Gustavo, José, Juana, Nelson.

Ramón Neira y María Pereira

Claudia Soza

Abel Araos

Carmen Cotroneo

Mariana Carvajal

Pepe Escobar

Claudia Valencia

Alicia Pérez Espinoza

Establecimiento Educacional Escuela El Patagual

Director : Jorge Castro

Alumnos y profesores año 2015

Establecimiento Educacional Escuela Los Molles

Director, profesores y alumnos año 2005

Fotografías, Collages, Acuarela, Dibujo, Diseño, Planos, Digitalización.

Anne Sophie Demare, arquitecta

Astrid Gutiérrez, artista visual

Carolina Gasman, artista visual

Daniela Fuenzalida y Josefa Gasman, estudiantes.

Portada

Astrid Gutiérrez

AUTORAS DE LAS FOTOGRAFIAS

Anne Sophie Demare: páginas 16 · 60 · 61 · 62 · 68

Carolina Gasman: páginas 9 · 21 · 22 · 23 · 26 · 27 · 64 · 65 · 66 · 69 · 70

Soledad Gasman: páginas 63 · 67

Astrid Gutiérrez: página 25

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	6 - 8
ACERCA DE LAS TRANSFORMACIONES DEL PAISAJE....	9 - 15
EMPLAZAMIENTO 8 CASAS ADOBE DESHABITADAS	
QUEBRADA ESCOBARES AÑO 2015.....	17
FICHA DESCRIPTIVA CASA EL NISPERO.....	18 - 20
PLANO CASA EL NISPERO.....	20
EXTERIORES CASA EL NISPERO.....	21 - 25
INTERIORES Y MATERIALIDAD CASA EL NISPERO.....	26 - 27
RESEÑA CRONOLÓGICA GENERAL	28 - 39
RESEÑA CRONOLÓGICA CASA EL NISPERO.....	41 - 59
OTRAS CASAS DE ADOBE DESHABITADAS EN QUEBRADA ESCOBARES.....	60 - 62
OTRAS CASAS DE ADOBE DESHABITADAS DE OTROS CAMINOS RURALES.....	63 - 70
TRABAJOS EN GREDA ESCUELA LOS MOLLES.....	71
TRABAJOS EN GREDA Y ACUARELA ESCUELA EL PATAGUAL	72 - 73

INTRODUCCIÓN

Estimado lector, el cuaderno que tiene en sus manos es el resultado de un trabajo conjunto, cuyo objetivo ha sido registrar y recrear mediante distintas expresiones una construcción de adobe y quincha emplazada en Quebrada Escobares.

Una tarde de otoño en que recorría el camino Aguas Frías, encontré esta choza de barro oculta tras unos árboles. Al advertir lo simple y puro de sus formas, los distintos planos del techo, su emplazamiento íntimo y armónico dentro del paisaje, me surgieron preguntas tales cómo, quiénes y cuándo la habrían levantado, cómo se habría vivido allí, el por qué de su abandono, etc.

Poco tiempo después tuve la oportunidad de re-visitarla con otras personas. Así fue como primero, junto a Anne Sophie Demare recorrimos la localidad, entrevistamos a los vecinos y

podimos comprobar que en Quebrada Escobares además de aquella, había otras siete casas de adobe deshabitadas. Cada una de ellas poseía una historia de construcción y de habitabilidad que nos pareció interesante de investigar. Siguiendo la misma inquietud, llegamos también a Quebrada Alvarado, Los Molles, Los Perales, La Retuca, Olmué, Colliguay y El Totoral.

A parte de este periplo se sumó Carolina Gasman. Juntas tomamos fotos e inventariamos otras construcciones similares. Nuestras observaciones las compartimos con los alumnos de la escuela El Patagual y Los Molles, establecimientos en los que junto a Claudia Soza realizamos una actividad literario-plástica.

Las expresiones de los alumnos en barro y acuarela y nuestra propia apreciación nos mostró que la belleza simple de la choza de Aguas Frías -ubicada en El Nispero- no se replicaba en ninguna de las otras casas de nuestro registro.

Decidimos el título, ***Materia Inadvertida***: '*Materia*' debido a que la precariedad del estado de las construcciones dejaba al desnudo su materialidad, al decir de Astrid Gutiérrez, quien también se había agregado al trabajo. '*Inadvertida*', por la indiferencia que su estar ahí despertaba en la comunidad, indicó Anne Sophie Demare.

Además de estimar que la casa de El Níspero era única, constaté que había sido habitada durante cincuenta y siete años por una misma familia. Que muchos miembros de esa familia aún residían en el lugar y que su historia se entrecruzaba de manera inseparable con la historia del lugar. Estos factores y su inminente transformación, me movieron a escribir una crónica general del lugar que luego se centra en la vida transcurrida por aquella familia en esa casa, trabajo que también se publica en este cuaderno.

ACERCA DE LAS TRANSFORMACIONES DEL PAISAJE



‘Quedarse sin casa es ‘quedarse en la calle’, a la intemperie, radicalmente expuesto en una realidad incierta, inhóspita y amenazante. Es encontrarse, de pronto, en la ‘tierra de nadie’. Martín Cerda en ‘La palabra quebrada’.

La casa donde vivimos, dormimos, comemos, sería el segundo espacio que sentimos habitar después de nuestro propio cuerpo. Así como el cuerpo, la casa habita, ocupa un espacio en un paisaje. Y lo llamamos nuestro paisaje, tanto como nuestra casa, como nuestro cuerpo.

Nos apropiamos del paisaje cuando reconocemos sonidos, olores, texturas, formas. En la vida cotidiana, se hace propio un lugar, cuando por ejemplo, permanece el letrero que anuncia dónde nos encontramos. Cuando el camino que va paralelo a la avenida conocida, lo seguimos transitando en esa misma ubicación. Cuando el pedazo de tierra que ocupa nuestra casa, el árbol, el poste de electricidad, todavía existe de igual manera como fueron y estaban al llegar a nuestro lugar.

‘Quedarse sin nuestro paisaje’ sería entonces como navegar en un mar desconocido, o como transitar un territorio que no vemos, que no distinguimos. Sería como estar anclado

en el vacío. Mirar y no reconocer. Tocar y no palpar. Oler la nada. Escuchar sólo silencio.

Si nuestro cuerpo envejece, solemos decir, ‘me miro al espejo y no reconozco mi cara. Me pienso y lo hago con el rostro que tenía hasta ayer.’ Si estando lejos temporalmente de nuestra casa, la recordamos, reconstruimos en la imaginación ese ‘acogernos’, cobijarnos que le es propio, y que se traduce en evocaciones concretas. Nos parece volver a mirar por aquella ventana conocida de nuestro dormitorio; volver a oler los guisos preparándose en la cocina; volver a calentarnos con los rayos de sol que entraban en invierno.

Así como con la casa, al recordar el paisaje dibujamos las siluetas familiares que lo pueblan y si intentamos agregar algo que nunca estuvo, decimos como al armar un rompecabezas, ‘ésta pieza no encaja aquí’.

Me pregunto qué pasa en nuestro cuerpo, cuando nos vemos forzados a hacer calzar esa pieza que no va. Qué siente el pie cuando al bajar de la cama, ya no se posa en el piso de madera de siempre, sino que lo hace en el peldaño de una escala. Qué pasa al habitante de la casa cuando su puerta que abría hacia un patio, ahora abre hacia la calle, o hacia la cocina del vecino.

Ese pie, esa mano, esos ojos, ¿no perciben lo incierto de la realidad actual, el carácter móvil, evanescente, acuoso del contorno, –en palabras de Baumann⁽¹⁾- de esta ‘sociedad líquida’ que hemos levantado? ¿Las partes de nuestro cuerpo y nosotros con ellas no nos sentimos -como dice I. Valente- *llevados en la vorágine de la existencia, lábiles y acabados, en medio de un mundo también frágil y evanescente?*⁽²⁾

Sin embargo, frente a este continuo en movimiento del paisaje, nos mimetizamos y tomamos una vida veloz y cambiante, apasionada en su novedad, libre en su liviandad. Ese

estar arrojados a un mundo 'transformándose' nos permite además, desarrollar relaciones que día día se vuelven caducas, casi reciclables como un tetra pack. Con el dolor y la novedad que ello conlleva.

Cabe interrogarse entonces si el desear una realidad menos fugaz, menos evanescente, es sólo un resabio de épocas anteriores cuando éramos unos pocos millones viviendo en el planeta, cuando las comunicaciones no eran ni instantáneas ni menos virtuales. Si éramos más felices en esa época, si nos sentíamos más plenos.

Por momentos sentimos un deseo, verdadera desesperación por pertenecer y mantener el paisaje; por arraigarnos al lugar que escogimos como propio, otorgando un valor a esa pertenencia y despreciando este cambio constante, anunciado por Octavio Paz y denominada por él como la 'Tradición de la ruptura.'

«La modernidad es una tradición polémica y que desaloja a la tradición imperante cualquiera que ésta sea; pero la desaloja sólo para, un instante después, ceder el sitio a otra tradición que, a su vez, es otra manifestación momentánea de la actualidad» [<http://confabulario.eluniversal.com.mx/los-hijos-de-la-ruptura/>]

Frente a este devenir oscilante, el rompimiento mismo se transforma en *obra*. *Obra* que se nos muestra ‘ahí’ –al decir de Heidegger⁽³⁾. Es en la variación del paisaje, en su mismo derrumbe donde aparece.

El artista siente un asombro mayúsculo al convertirse día a día en testigo de un todo que se moldea ahí delante de sus ojos, de sus manos. Eso que se arma y desarma bajo su mirada inquieta. Que se forma y des-forma con su potencial de generativo, como esa obra de arte que necesita mostrar, crear, completar. Y no sólo surge un querer apresar, aprehender ese

potencial; también nace la pulsión de mostrar el rastro que ese desaparecer va dejando.

Al registrar, describir, capturar, replicar, contar las cosas que están o han estado ahí, estableciendo nexos entre ellas, al modo de G. Perec ⁽⁴⁾, se esboza algo mucho mayor que las cosas mismas dejadas a su antojo.

BIBLIOGRAFIA

(1) **Bauman, Zygmunt. Modernidad líquida: arte líquido.** Conferencia pronunciada en Leeds, 2003. En *Arte, ¿líquido?* Edición y traducción de Francisco Ochoa de Michelena. Ediciones Sequitur, Madrid 2007.

(2) **Ibañez Langlois, José Miguel. Veinticinco años de crítica.** Santiago de Chile, Empresa Editora Zig-Zag, 1992.

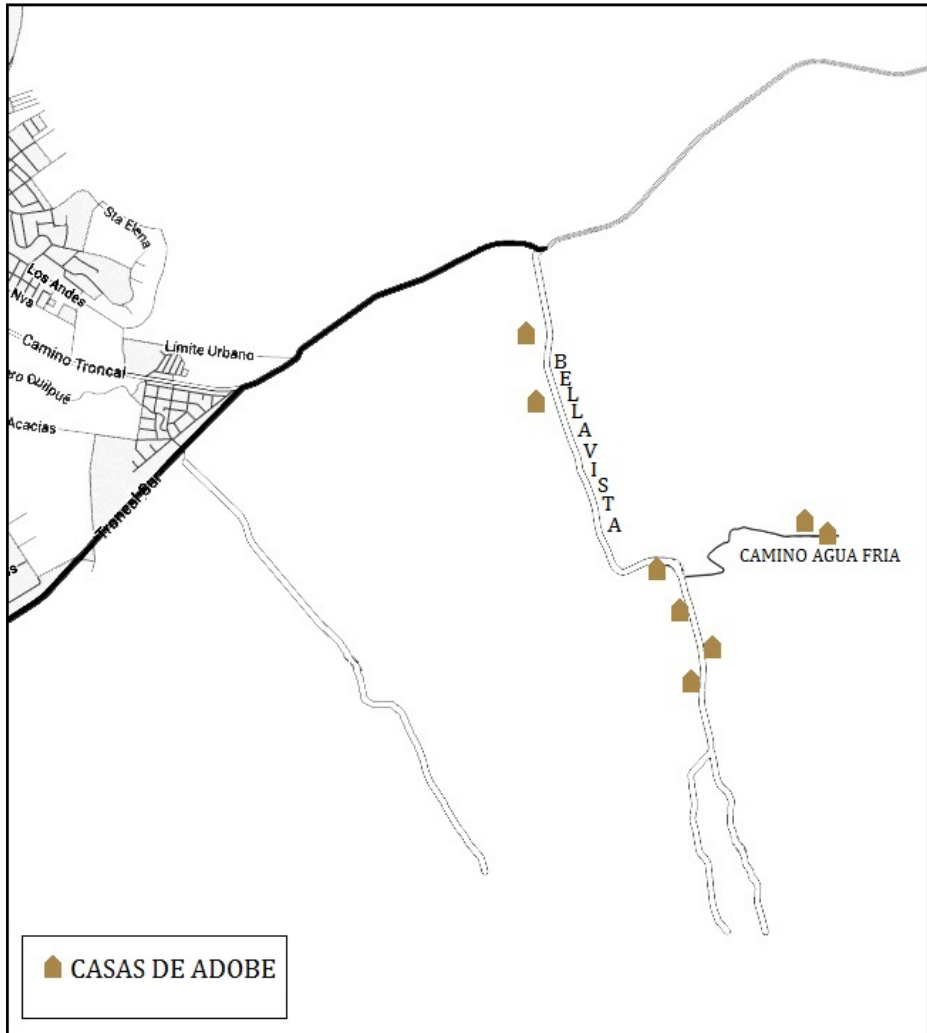
(3) **Heidegger, Martin. El origen de la obra de arte.** Trad. Helena Cortés y Arturo Leyte, Caminos del Bosque, Madrid, Alianza, 1996.

(4) **Perec, George. La vida instrucciones de uso.** Barcelona, Colección Compactos, Anagrama, 2006.



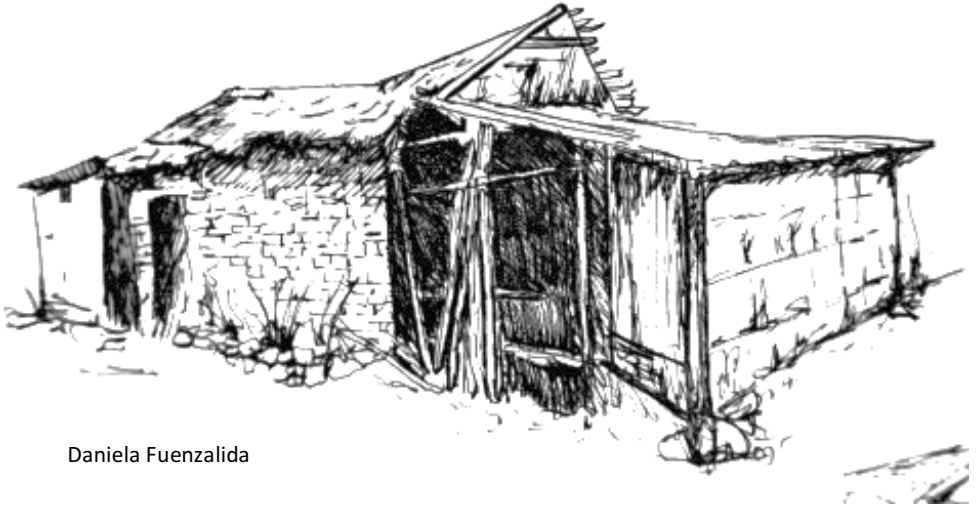
EMPLAZAMIENTO 8 CASAS ADOBE DESHABILITADAS

QUEBRADA ESCOBARES AÑO 2015



Anne Sophie Demare

FICHA DESCRIPTIVA CASA EL NÍSPERO



Daniela Fuenzalida

Se supone que la choza la construyó Pedro Cataldo González, quien habría heredado junto a otros familiares la propiedad de su padre, Víctor Cataldo Escobar.

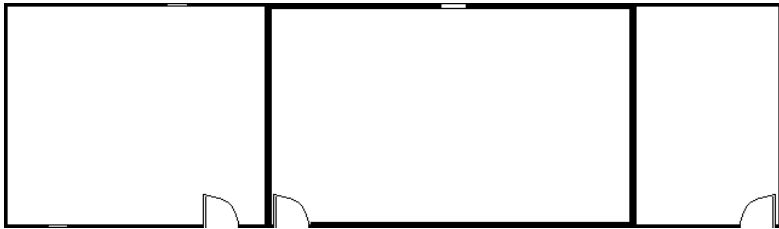
Ubicada en el lado norte del Camino Aguas Frías, se llega a ella pasando un pequeño estero. Está retirada del camino y al inicio de un amplio plano, rodeado por esterillos. Se niveló al terreno en base a un cimiento exterior de piedra y barro. Tiene

tres piezas de piso de tierra no conectados interiormente. Sus techos siguen las inclinaciones del terreno. Una primera pieza con tres muros de adobe y uno de quincha, techo que desagua al sur, ventanas altas pequeñas, una en muro sur con un postigo de madera que cuelga y otra con barrotes en muro norte junto a la puerta. Esta primera habitación servía de cocina, comedor y dormitorio en un principio. Adosada a esta habitación, otra pieza más amplia y de adobe, tiene una ventana que mira al sur, techo de dos aguas, cuyos frontis sobresalen a las cumbreras de los otros dos techos. El tercer espacio posee un muro de adobe y los restantes son de quincha. Se accede a ella por un vano sin puerta y su techo desagua en dirección poniente.

La diferencia de esta construcción radica en el uso de adobe y quincha en sus muros, no tener un espacio de distribución, poseer tres techos con aguas en distinta dirección y altura, y contar con una repisa adosada *en obra* al muro exterior de la primera habitación.

Hoy sus muros están en buen estado, el techo originalmente de coligues y coirón está abierto en varios tramos, donde se le han puesto planchas de pizarreño amarillo y de lata. Hay botellas, restos de muebles, una percha cuelga de un clavo en un muro, dos orificios para la salida del humo en el frontón oriente, lana de ovejas, un televisor en desuso y basuras en su exterior e interior.

PLANO CASA EL NISPERO



Anne Sophie Demare

EXTERIORES CASA EL NÍSPERO











INTERIORES Y MATERIALIDAD CASA EL NÍSPERO





RESEÑA CRONOLOGICA GENERAL

No sabemos exactamente quien durante el siglo XVII eligió un pedazo de terreno dentro de la Merced de Tierra que se había auto-adjudicado Pedro de Valdivia a mediados del siglo XVI y que originalmente había pertenecido a los picunches para luego formar parte del imperio Inca ⁽¹⁾. Quien haya sido, pensó que aquellos parajes lejanos y salvajes de bosques y arroyos, como eran entonces los actuales terrenos de El Patagual y Lo Hidalgo por el norte, Quebrada Escobares y parte de Lo Moscoso por el sur, podrían dedicarse a la agricultura y constituir una gran estancia. Tal vez algún otro español, buscando oro en los ya antiguos lavaderos de oro del Marga Marga, encontró unos gramos del preciado metal, en el actual estero Aranda; o, un monje de alguna congregación recién llegada de España ofició para que le fuera adjudicada la propiedad a su institución. Lo cierto es que la Estancia o Hacienda Doyle o Dollime, también llamada Quebrada de

Papagayos, aparece por primera vez en archivos de fines del siglo XVII como parte de la dote de una joven apellidada Gatica.

María Gatica paseando su andar joven por salones y plazas de la región, un día conoció a un tal Alonso Escobar, quien a diferencia de ella era alto y flaco como álamo solitario y poseía por único patrimonio “sus ropas, sus armas y entre éstas una escopeta”⁽²⁾. El matrimonio se celebró en 1685, posiblemente en la ciudad de Limache, y la pareja se trasladó a vivir a la Estancia Quebrada de Papagayos, a una casa de adobe y quincha, construida por ellos con la ayuda de los indios que también formaban parte de la dote ⁽³⁾.

El lugar de construcción se fijó en los actuales terrenos de Lo hidalgo y El Patagual por ser más aptos para la agricultura. En vez de asentarla sobre un plano, Alonso prefirió ubicarla a cierta altura en la ladera de una loma y junto a un litre.

“Así, de una sola ojeada se tiene control” dijo. Los hijos de los nativos, entre correrías y juegos acarrearon la paja que

mezclaban con la tierra. A poca distancia se hicieron los adobes que se usarían para los muros de la cocina. El agua de una vertiente cercana se desvió hasta el lugar por una acequia. Los troncos y las varas que servirían de pilares y vigas los trajo otro grupo de indios amarrados al lomo de dos bueyes. Una vez descargados los troncos, Alonso apartó tres de boldo. María, entretanto, bajo la sombra de un quillay preparaba las tiras de cuero mojado y la pita para las amarras. Al día siguiente fueron por el monte, los coligues y el coirón.

Se enterraron los pilotes y se armó el entablado del corredor. Para acceder a éste se montó una grada de piedra y barro. Los gruesos troncos elegidos como pilares dejaban ver en su corteza no labrada, la historia de una larga vida en el bosque. Las paredes de quincha sin blanquear de la habitación más grande, formaron un cuadrado irregular con un ventanuco alto protegido por barrotes de madera, y un vano que abría a un dormitorio pequeño y oscuro sin ventana. Junto a esta

construcción pero separada de ella se levantó una pequeña pieza de adobe traslapado en las esquinas, que hizo las veces de cocina, en cuyo extremo izquierdo se instaló el fogón. El primer día que se encendió el fogón se invitó a los constructores, se preparó mate y se amasó un gran pan único. Fue el deseo de María, dijo Alonso mostrándose amable y pacífico como solía ser, mientras el pan y la bombilla pasaba de uno a otro. Luego de esta pequeña ceremonia, las mujeres y los niños se retiraron a sus rucas y los hombres se quedaron tomando la chicha que uno de los indios había traído.

Los dieciséis hijos nacidos en aquella choza conformaron el primer tronco familiar registrado que aparece en el lugar. Las características, materiales y forma de construir compartida de esta primera casa, se repitieron con pequeñas variaciones por más de doscientos años en el lugar.



[Paisaje campesino; Giovanni Mochi, Marchigüe, 1882]

“¡Encontré la mariposa más grande!” gritó Ramoncito, el regalón de María, quien al oír la voz de su pequeño dejó la callana y corrió a felicitarlo. “La más grande, ja, ja, já... grande como tú será, ¡petizo!” rieron sus hermanos mayores y su madre los silenció con la autoridad de su mirada severa. “¿Dónde la encontró mijito?” “En el chagal de la quebrada

mamá, iba con el indio Lucho revisando la aguada y él me dijo que sólo ahí salían...” “Qué bien, Ramoncito, el indio te habrá dicho también que se llama mariposa papagayo”. “Pa-pa-ga-yo...” le costó deletrear al niño y se fue donde el indio. “Y, ustedes, a seguir moliendo trigo conmigo”- ordenó María a los mayores, agitando sus gruesos brazos.

Años más tarde, a mediados del 1700, el que había encontrado las mariposas papagayo, compró a sus hermanos apellidados Escobar, los derechos de la estancia para luego dejárselos en herencia a sus hijos, cuya educación se gestó a partir de pequeños acontecimientos cotidianos ocurridos dentro de los límites de la hacienda, porque salir del lugar era un privilegio muy poco frecuente y memorable. Ir, por ejemplo, a Valparaíso a comprar mercancías o a ver las curiosidades que arribaban de tierras lejanas era un sueño que pocos podían cumplir, la mayoría pasaba su vida sin conocer el mar.

Al enterarse Ramón que había desembarcado en el puerto de Valparaíso un indio mexicano con un papagayo, decidió llevar a sus dos hijos mayores, quienes de seguro no olvidarían la experiencia. De pasadita, él podría cumplir un deseo de la infancia y los niños inmortalizar ese viaje, manteniendo el hermoso nombre de la estancia Quebrada Papagayos y no “Escobares” como había escuchado algunas veces en el decir de las gentes.

Un domingo de septiembre, a tempranas horas de la mañana, cuando los ciruelos estaban en flor se vio una carreta subiendo y bajando por el sendero que llevaba al puerto. Era un día luminoso y fresco en el interior, aunque hacia la costa se divisaba una niebla oscura y densa. Durante el largo viaje, mientras avanzaban al son del paso de los caballos, los niños y su padre pudieron observar como la niebla desaparecía, dejando paso a un sol radiante. Ya en el puerto, los pequeños se admiraron de lo que veían por primera vez: eso era un barco,

aquello un bote, aquel edificio se llamaba aduana, esa era la Iglesia de la Matriz, esto una plaza, esa la casa del gobernador. Los señores iban vestidos con ropas extrañas, las mujeres llevaban canastos con pescados sobre sus cabezas. Este era un indio proveniente de un país lejano, y ese pájaro que traía... los niños gritaron al unísono: ¡pájaro mariposa, ma-ri-po-sa!

Sin imaginar el giro que tomaría el asunto del nombre, Ramón regresó cabizbajo: le había salido el tiro por la culata y no hubo forma de componer la cosa antes de regresar, donde Mercedes, lo recriminó por el esfuerzo y el gasto desmedidos. Los niños cansados como venían se quedaron dormidos al alcanzar la primera sima. Y, así fue como a fines del 1700 pasó a la historia el antiguo nombre de la estancia para ser reconocida por todos como Quebrada Escobares o de Escobares.

Pero antes de ello Ramón, organizó una velada para recibir la nueva centuria que se avecinaba. Las invitaciones las hizo personalmente. Montado en su yegua blanca, concedora

de la gruesa envergadura del amo, la yegua recorrió lentamente el caserío que se empezaba a formar hacia el sur, a los costados del estero, y en cada choza Ramón saludó y comentó brevemente el lluvión tardío que mantuvo las lomas verdes y el caudal del estero ruidoso y abundante.

Los primeros invitados en presentarse fueron los Campos y los De Miranda. Ramón los recibió en el corredor de la entrada y los hizo pasar con mucha ceremonia a la habitación más grande de la casa, donde los hombres se sentaron en las sillas de respaldo alto apoyadas a las paredes. Sin sacarse el sombrero, ni dirigirse a las mujeres que en un grupo aparte, trajinaban en una tarima, permanecían en silencio esperando que el dueño de casa abriera la conversación. En el brasero, ubicado al centro de la pieza, hervía agua. Una mujer empezó a preparar mate y lo vertía en una bombilla que pasaba de mano en mano. “Le ha crecido la familia don Ramón...” dijo un vecino de pronto, luego de un largo silencio, devolviendo la bombilla

para que se volviese a llenar. “Hay que poblar estas serranías...” contestó Ramón después de largos cinco minutos, sirviéndose un biscocho. “Los que van llegando se quedan...” contestó otro vecino luego de otro largo silencio. Las mujeres ahora sentadas en cojines sobre la tarima, cuchicheaban entre ellas a toda velocidad. “Cómo no, si por estos parajes todo se da bien...” señaló un joven apellidado Campos. Luego de dos horas, el intercambio de mate, biscochos, y frases inconclusas terminó cuando se sirvieron vasos de agua fría y los invitados empezaron a retirarse, agradeciendo con mucha solemnidad el festejo del siglo entrante⁽⁴⁻⁵⁾.

A comienzos del 1800 alguien sembró el rumor de las bondades del lugar y podemos decir que cayó en tierra fértil. Las congregaciones religiosas de finales del siglo dieciocho buscaban zonas rurales para asentarse, obtener ingresos de las comunidades cercanas y catequizar a la población. Tal vez estas motivaciones se hayan conjugado con el decir ese acerca de una

hacienda cercana a Limache, la cual poseía una quebrada encajonada por lomajes suaves que dejaban cada tanto buenas explanas para el cultivo y la encierra de animales. Las lomas bordeando un estero torrentoso con varios afluentes contaban con una vegetación de bosque nativo abundante que prometía buena leña y carbón. Ya los Escobar, los De Miranda y los Campos habían plantado algunas viñas y comerciaban hortalizas y leña en Limache. Estas murmuraciones de algún cercano a las monjas Clarisas -tal vez tataranieto de alguien que hoy ronda por estos parajes- debieron entusiasmar al obispo a punta de queso fresco y breves sorbos de chicha locales. Atraído por estas y otras linduras, la autoridad eclesiástica emitió órdenes que la superiora de la congregación Clarisas cumplió con prontitud. De manera que montada en una mula subió y bajó lentamente la huella hacia el vergel que imaginaba. Mientras, unas seis u ocho religiosas la seguían a pie, conformando un cortejo ligero y blanco, el cual se internó por cerros de tupido bosque,

siguiendo la senda de los animales. Poco más atrás, una pequeña carreta traería un par de santos, estampas y algunos manteles bordados que luego irían a lavarse al estero Aranda. Y bastante más atrás, debió venir el cura sentado en un burro, espantando las moscas al tiempo que con su mano gruesa esparcía agua bendita. Sólo así, los lugareños del camino del Agua Fría que venía de Limache, quedaría libres de temblores y otras fechorías del maligno. Y, para terminar de ahuyentar sus maléficos designios, a principios del siglo diecinueve las monjas construyeron la capilla Nuestra Señora del Carmen. El terreno les fue donado por vecinos devotos, miembros de la ya formada Comunidad Quebrada Escobares. Sus apellidos, del Campo, Rosas Pacheco, Olgún y Escobar, aún están presentes en los actuales habitantes de la localidad.

BIBLIOGRAFÍA

- (1) **LIMACHE entre el 1500 y 1970.** *Historia de Limache.* Museo Historico Palmira Romana Piraino: I. Municipalidad de Limache. <http://www.munilimache.tie.cl>
- (2-3) **Muñoz Acuña, Romero Castro,** *Cuando todo era un vergel,* 2001.
- (4) **Graham, María** (1824). *Diario de mi residencia en Chile en 1822.* Memoria Chilena. <http://www.memoriachilena.cl>
- (5) **Zapiola, José** (1872) *Recuerdos de treinta años.* Editorial Zig-Zag.



Acuarela, casa El Níspero, Carolina Gasman

RESEÑA CRONOLOGICA CASA EL NISPERO

Tal vez haya sido unos años más tarde cuando en Aguas Frías y otros sectores de Quebrada Escobares se plantaron Nísperos, ese árbol de origen japonés introducido desde Europa, llamado por los científicos, *Eriobotrya Japonica*. El largo viaje seguido por las semillas dio como resultado en Chile una especie de bonitas hojas oscuras, frutos jugosos, larga vida y temperamento suficiente como para resistir sequías y suelos pobres, famoso por los bastones regalados a partir de su madera dura y firme. Es de suponer que la existencia de este árbol en uno de los llanos encajonados de cerros en Aguas Frías haya dado crías que a principios del siglo veinte se convirtieron en ejemplares destacados dentro del paisaje.

Imaginemos uno de esos hermosos árboles. Una pareja del lugar camina del brazo, sus nombres son Víctor y su futura esposa Eulogia, y van a dar una vuelta hasta el níspero que crece cerca de una aguada. Atraviesan el bosque y de pronto llegan a

una amplia explanada a cuyos costados corren dos ramas del estero. Sentados sobre algún tronco caído observan, elijen y sueñan. Junto al níspero que ese invierno ha florecido como para llamar la atención, se podría construir una casa, sembrar una huerta en el plano y formar un hermoso rancho. El agua que traen los esterillos se podría almacenar en una pequeña represa. Lechugas, acelgas, porotos, habas podrían crecer a su antojo si se arara un pedacito del extenso terreno.

Este sueño tardó algunos años en cumplirse pero se cumplió. Víctor y Eulogia se casaron poco después de ese paseo, cuando las familias de los oriundos del lugar se ampliaban aportando niños. Y, como los había en todas las casas doña Tránsito Fuentes en 1903 decidió donar su terreno y fundar la escuela de Quebrada Escobares⁽⁶⁾.

Sin embargo, a la mala suerte o al maligno, como decían, no le bastaron la parroquia construida, los rezos de los quebradinos, ni las bendiciones del cura, ni los cantos devotos

de las monjas al amanecer. En un santiamén y en el mismo año sembró una horrible peste en Quebrada Escobares e hizo temblar la tierra. Los lugareños horrorizados vieron que la capilla se venía abajo casi por entero, que a algunas casas de adobe recién levantadas se les hacían grietas profundas y a otras se les caían los muros. En medio de este desastre bien conocido en Chile, la peste empezó a tomar a familias completas y los fallecidos eran tantos y el contagio tan peligroso, que con el permiso del obispo se construyó un cementerio detrás de la capilla en ruinas. El panorama no podía ser más desolador, sin embargo, algunos cuentan que por esa fecha también se habría construido la Media Luna de piedra, permitiendo realizar rodeos y fiestas en la ramada que se dispuso a su costado. Así, los quebradinos en los septiembres venideros bailaron cuecas y tomaron abundante chicha para aliviar sus penas. Y así también, entre paseos y bailes empezaron a nacer los nueve hijos de Víctor y Eulogia. Asentados en Aguas Frías, en la llamada Isla,

cercana al terrenito soñado. Su casa de adobe la construyeron con Carmelito y ésta recibiría a la numerosa familia.

Recién en 1937 Víctor pudo concretar su sueño, el que culminó cuando apareció publicado el dominio del terreno a su nombre en el periódico de la época “El Independiente”. Con este documento en mano llegó donde su esposa y juntos bajaron caminando hasta llegar al pie del níspero que esa primavera estaba cargado de frutos. Tomaron asiento, probaron los sabrosos frutos y rieron imaginando a sus futuros nietos corretear por la tierra, esconderse detrás de los árboles, bañarse en las frescas aguas del estero. Si ellos habían echado al mundo nueve hijos, cuántos nietos podrían tener y cuántos bisnietos, cuál cuidaría del níspero, cosecharía los frutos, quienes se sentarían como ellos en ese momento bajo su sombra. Decidieron llamar al rancho El Níspero y cedérselo más adelante al mayor de sus hijos, a Pedro José que ya andaba en edad de buscar una mujer.

Y Dios quiso, como decían, que dos años más tarde ese hijo mayor se encontrara con Juana de Dios. La historia de ese encuentro corre como el agua del estero Aranda, desviando su cauce en distintas direcciones. Una de ellas, habla acerca de la posada en la cordillera, a donde Juana de Dios habría llegado del sur a trabajar, al mismo tiempo en que Pedro José llegaba con el ganado desde Quebrada Escobares, para dejarlo pastando en la cordillera. ¿Habría sido durante un atardecer ventoso cuando Juana de Dios al ir a recoger la ropa tendida por detrás de la posada se encontró con un mozo que desmontando su yegua le pedía permiso para amarrarla al Palenque; o sería durante un medio día caluroso que él, sombrero en mano había entrado a la posada mientras ella ponía los manteles sobre las mesas? Otro afluente de esta historia dice que Juana de Dios llegó del sur a trabajar a una residencia particular de Villa Alemana, donde una de las hermanas de Pedro José trabajaba. Un día la patrona necesitó más ayuda y su amiga trajo a su hermano

mayor. Si así fue, podemos imaginar que Pedro José más que ayudar a la señora de la casa, ayudó a la jovencita del sur a quien no podía dejar de mirar. Pero, las historias siguen desviando su cauce y también se dice que Juana de Dios, oriunda de Convento Viejo en Chimbarongo, se habría venido a trabajar donde los Pesani en una residencial ubicada en la calle Victoria en Villa Alemana. Al parecer el encuentro se habría efectuado en alguna de las festividades en medio del desfile de huasos, cabalgando por las calles del pueblo, y no es de extrañar pues Pedro José no perdía oportunidad de salir a lucir su yegua con aperos y el traje de huaso que le habían confeccionado. Apostada en una de las veredas, Juana de Dios debe haberlo visto pasar. O bien él, desde la altura de su caballo, descubrió los ojos de una joven que le clavaba la mirada, y, girando la cabeza devolvió esa mirada con un gesto elocuente. ¿Habría sido esa mirada la que los llevó a tomarse un jugo cerca del teatro Pompeya? ¿Qué le dijo él al acercarse, cómo reaccionó ella? En todo caso, hay

pruebas que ese año Pedro José y Juana de Dios pololearon de lo lindo, pues al año siguiente nació el primero de sus hijos: Pedro Juan, alias Pelluco, Peruco, Mandinga. Y él mismo nos dice que en el bautizo se apellidó Rojas como su madre, pero que no fue hasta tres años después que tomó el apellido de su padre, cuando ellos finalmente se casaron y se fueron a vivir a El Níspero.

¿Habrá sido Víctor, ayudado por Carmelito quien construyó la casa que aún subsiste, o, solos Pedro José y Juana de Dios levantaron las primeras tres habitaciones de adobe y quincha donde nacieron sus hijos?

Recién construida, un fogón alto de adobe encendido en uno de los cuartos, recibió al matrimonio y a su pequeño. Los tres miraban las paredes derechitas, el cielo de coligues, los ventanucos altos, y como no había plata para más, la tela de saco como puerta, bamboleándose con el viento. La otra pieza debía quedar vacía todavía. Y, la tercera, acoger los pocos

aperos de Pedro José y un par de cabras traviesas. Lo cierto es que la casa alzada junto al níspero serviría de habitación a la familia por cincuenta años.

Un día, cuando la segunda pieza ya tenía una cama donde dormían dos niños y el tercero venía en camino, Juana de Dios pidió a su marido que le trajera piedras del estero. Las suficientes como para rodear uno de los muros por afuera. Pedro se rascó la cabeza, la miró y luego empezó con el acarreo. No era cosa de no cooperarle a su señora, de manera que trajo piedras como para regalar. Una vez terminado el asiento, ella miró el alto sobrante y como las ganas de trabajar le crecían, entusiasmó a Pedro para que formaran un ruedo alrededor del níspero, que tan buenos frutos les regalaba. Después de acabar el ruedo aún quedaba material, entonces construyeron una pequeña represa con pretil justo en el centro de los cauces que regaban el terreno. Semanas más tarde, invitaron a Víctor y a Eulogia y ellos, ya viejitos, uno arrimado al otro, se sonrieron de

lo lindo al ver a sus nietos correteando por ahí, la huerta con arvejas, habas y porotos que tanto le gustaban al nieto mayor y el níspero con su corona de piedras.

En los años siguientes, Juana de Dios dio a luz tres varones más, los que nacieron entre esas mismas paredes de adobe, donde el fogón de la cocina no se apagaba y las cabras merodeado intentaban colarse para acompañar a los recién nacidos. Así como los años trajeron nuevos miembros a la familia, a los abuelos les llegaron los achaques, pero encorvados y todo iban de visita a El Níspero y regresaban con papas, choclos y perejil junto al contentamiento de saber que los seis nietos varones estaban siendo educados como se debía.

“La madre es de letras” le debe haber dicho Eulogia a Víctor mientras caminaban lentamente de vuelta a su casa. “Porque lo que era tu hijo Pedro José... de letras nada”, debe haber agregado ella sonriéndose de lo malo para el estudio que le había salido su hijo mayor, el que se había negado a aprender

a leer y escribir. “Ahí tienes”, le habrá contestado Víctor, alzando los choclos y las papas: “él firma con el ruego pero lo más bien que se las apaña...”

Pero era Juana de Dios la que en las mañanas se daba a la tarea de vestir a sus hijos de uniforme, de calzarlos, cosa que rechazaban por la costumbre esa de andar por los cerros a pie pelado. Eulogia había oído que más de alguno se escabullía temprano con el padre a revisar las cabras y allá tenía que partir su nuera, zamarrearlo y mandarlo sendero abajo hasta la escuela. No cabía duda que esos abuelos habían cumplido su sueño. Y tal vez recordando algún decir de ellos fue que años después, Peruco, siendo adolescente, se dio cuenta que el níspero de puro viejo se había secado. Sin demora se empeñó en plantar un palto, pero el palto creció acoquinado y mañoso para dar frutos, como presagio de las sequías que vendrían y se instalarían en la quebrada por un largo período.

Para entonces la casa también cambió. Los tres hijos mayores en edad de tener mujer empezaron a trabajar afuera, luego se casaron y se fueron. Pedro José y Juana de Dios se trasladaron a la segunda habitación, dejando la primera como cocina comedor. Los aperos llenaban el tercer cuarto, donde colgaban pieles de ovejas y un cuanto hay. Los tres hijos que permanecían con sus padres construyeron dos habitaciones. Trajeron coligues, cuartones del cerro y monte, embadurnaron con barro y pusieron un techo de zinc. Así la casa parecía otra, con las dos piezas que la enfrentaban por el norte.

Lo nuevo de las piezas obligó a remozar también la primera construcción. Su techo se había despeinado y raleado, así es que el padre y los hijos partieron al cerro a traer más coirón. Se instalaron postigos para los ventanucos pues dejaban pasar la lluvia que año en año disminuía.

Pero durante esos tiempos el pequeño estero que pasaba junto a la casa aún traía agua suficiente: daba de beber

a los animales y mantenía la huerta a cargo de Juana de Dios y sus hijos. Pedro José se encargaba de limpiar las ramas del estero para que la represa se llenara. Cuando no estaba en eso, iba al cerro a vigilar sus cabras y bajaba con los sacos de carbón y leña para salir a vender.

Un domingo se fue a un rodeo con uno de sus hijos y Juana después de la misa en la capilla optó por ir a la cancha con los otros dos. El partido de El Lautaro terminó y escuchó la bocina de la micro que pasaba regularmente a las doce. Esos dos hijos solían acompañarla y ayudarla en sus trabajos de lavados y cocina, de manera que bien valía llevarlos de paseo al puerto con los pesos que llevaba escondidos en el bolso. ¡Cómo miraban los jovencitos los enormes barcos y la grúa levantando containers!

Los tres hijos mayores, entretanto, empezaron a llevar a sus pequeños a El Níspero. Los niños jugaban con los tíos solteros, aunque muy luego no pudieron tirarse piqueros en la

represa pues el agua ya no alcanzaba para llenarla. La huerta de Juana de Dios empezó a lucir mustia por falta de riego. No teniendo alimentos como en el pasado, ella se afanó más y más con los lavados y la venta de quesos. Por esos días se la vio cargada de bultos bajando desde su casa en las mañanas y subiendo en las tardes heladas a calentarse al fogón.

A pesar de ello y de los nietos que venían y reían y jugaban con ella, el viento frío entró a la casa. Las paredes de adobe no alcanzaron a contener el calor, menos las de quincha de las habitaciones de afuera que se vinieron abajo con otro temblor. El mismo frío se coló por las rendijas que empezaban a formarse junto con la dolencia que tomó a Juana de Dios: su corazón no quería seguir latiendo. Los hijos la veían respirar con dificultad, cansarse cada vez más al trasladar su grueso cuerpo. Una noche, la ambulancia se la llevó de la casa del níspero. Al verla, los vecinos miraron y dijeron: “ahí va ella, tan trabajadora, tan buena”.



Collage, Anne Sophie Demare

Entristecidos y solos los cuatro hombres deambulaban por la casa cuya dueña ya no estaba. Acostumbrados ellos y la casa a su hacer afectuoso, al roce de ese cuerpo en las paredes, al sonido de esa voz alegre, ellos y ella se desorientaron y muy pronto empezaron a palpase los efectos de la falta. El agua escaseó más, la huerta se vino abajo, las grietas dejadas por un nuevo terremoto no se rellenaron. Los muros inclinados permanecieron tal cual y en el techo ya sin coirón se empezaron a poner plásticos y pedazos de zinc. El tocador de Juana de Dios estuvo por años sin que nadie se mirara al espejo, ni siquiera el menor de los hijos, aquel que más sufrió su pérdida.

La sequía secó pozos y cultivos. ¿Era el terremoto el que había desviado las napas? El aire caliente de las tardes de verano se prolongaba hasta bien avanzado el otoño. Algunas familias dejaron la quebrada en busca de un clima más propicio. Los antiguos empezaron a vender sus tierras a pedazos y llegó

gente nueva a levantar casas, poner cercos y portones eléctricos.

El alumbrado cambió los atardeceres, aunque todavía no se extendía hasta el camino de Aguas Frías, donde de un día para otro el quinto de los hijos de Juana de Dios empezó a sentirse mal. Una noche, le pareció que el calor se pegaba a las paredes de adobe, giraba en las habitaciones de quincha y dificultaba la respiración. El vaho caliente se arrastraba por los coligues decía y lo golpeaba en la espalda. Ante la congoja de Pedro José, la enfermedad carcomió los pulmones de su hijo, hasta que se fue como se había ido su esposa.

El padre ya anciano temblaba de pena por la pérdida de su preferido, ya sin sus padres vivos y aunque los nietos estaban crecidos y le hacían gracias cuando le caían como verdaderos racimos de uva. Él sentado al sol, los miraba jugar sin dejar de sentir lo mucho que le hacían falta los que ya no estaban.

Los antiguos lugareños que se habían trasladado a pueblos cercanos llegaban para las fiestas a probar otra vez la chicha, el vino y los quesos. A bautizar a alguna guagua en la parroquia que sólo se abría para ocasiones especiales y que se había levantado y vuelto a caer al compás de los distintos temblores de todos esos años. O, venían simplemente a darse una vuelta para mirar. Varios de ellos llegaban en automóviles o camionetas. Las cuales dejaban cerca de la cancha y echaban un vistazo al partido, donde infaliblemente encontraban al hijo mayor nacido en El Níspero. Luego los quebradinos y entre ellos los tres hijos casados de Juana de Dios se servían vino y chicha para celebrar, que si las lluvias no venían y los cerros se poblaban de afuerinos ¡el vino seguía igual de bueno no más!

Poco antes de llegar al final del siglo veinte, Pedro y uno de sus hijos casados enfermaron y murieron, y como el menor, el regalón de Juana de Dios había buscado el cariño faltante donde una sobrina, el otro soltero quedó solo viviendo en El

Níspero. Entonces, también la casa mostró la falta de sus habitantes originales, inclinada como estaba hacia el poniente, siguiendo -con su techo ladeado y el destejido de sus coligues- a los que se habían ido. ¿Cuántas peleas, cuántos gemidos estaban grabados en esas paredes de barro, qué palabras, qué historias habían escuchado esos coligues ya cansados de aguantar el barro sobre sus espaldas, con el asiento de piedras llena de malezas y el palto arrancado, pues ya nada más crecía en el rancho, porque el agua se perdía mucho antes de bajar a los esteros?

Llegó el siglo veintiuno y los afuerinos aumentaron en la quebrada. Sobre la entrada ahora pavimentada corrían sus autos, se levantaron torres satelitales en las cumbres de los cerros, la tierra se dividió en pedacitos más pequeños, los terrenos comunes pertenecientes a la comunidad Quebrada Escobares también estaban siendo divididos y el club de huasos persistente en sus deseos reabrió la antigua media luna. Una

noche cercana a aquella en que la ramada latía al compás de la cueca, otro hijo de Pedro José y Juana de Dios encontró la muerte a un costado del camino Aguas Frías. Y, finalmente, en el año 2003, el que aún vivía solo en la choza de barro y piedras de El Níspero, cerró la puerta y se aguachó junto a su sobrina, cuyo estanque de agua llenaba todas las semanas el camión aljibe.

OTRAS CASAS DE ADOBE DESHABITADAS QUEBRADA

ESCOBARES



Casa Fundo



Casa Blanca



Casa La Finca



Casa La Cancha



Casa Ramón



Casa Hermanas



Casa El Pajero

**OTRAS CASAS DE ADOBE DESHABITADAS DE OTROS CAMINOS
RURALES**



Los Molles



Los Perales



La Retuca



La Retuca



Colliguay



El Totoral



Olmué



Quebrada Alvarado

TRABAJOS EN GREDA ESCUELA LOS MOLLES

Como un modo de hacer participar de nuestra experiencia a los niños de la comunidad, realizamos una actividad guiada en las escuelas Los Molles y El Patagual, que consistió en instarlos a observar las casas de adobe deshabitadas de su barrio, y a relatar por parte de ellos lo observado. También se leyeron dos cuentos infantiles -la intriga giraba en torno a la construcción en barro y coligues- y luego se ilustraron mediante acuarela o greda.



TRABAJO EN GREDY ACUARELA ESCUELA EL PATAGUAL



Collage, Anne Sophie Demare



Collage, Anne Sophie Demare



Acuarela, Carolina Gasman